

Mi amigo secreto especial

Andrea y Claudia Paz

Ilustraciones: Andrea y Claudia Paz

loquele^o

Capítulo I

—¡Jacinto, eres mago! ¡Este pantalón era azul y ahora está marrón! —gritó Amaya desde el patio y luego resopló hacia arriba.

7

¡Cuánto trabajo le esperaba! «Creo que ningún otro oficio produce tanta mugre como el del jardinero», pensó.

Como buena lavandera, tenía la manía de quererlo todo muy limpio, y cuando veía la ropa sucia que cada día le dejaba Jacinto, su esposo, se desesperaba.

—¡Voy a lavar tu pantalón enseguida!
—concluyó.

—Sí, Amaya, puedes lavarlo —respondió él distraídamente y se sentó a tomar una



taza de té. De pronto, como si tuviese un resorte en las sentaderas, saltó de la silla y corrió hacia su mujer—. ¡No, Amaya! ¡Espera! —Llegó justo antes de que ella pudiera echar el pantalón a la batea repleta de agua jabonosa. Le arrancó el pantalón de las manos y lo revisó. Aún estaba seco. Buscó dentro de los bolsillos. Había un papel doblado en ocho partes. Suspiró aliviado, pues estaba intacto, y se lo llevó a su dormitorio para guardar su pequeño tesoro en un lugar más seguro.

9

Amaya se quedó mirando a Jacinto. Pensó que sería inútil preguntarle de qué se trataba. Seguramente aquel papelajo tendría algo que ver con sus plantas. Ni pensar que se tratara de un billete o un boleto de la lotería, esas cosas a él no le preocupaban mucho; incluso ya había sucedido que, por no revisar los bolsillos de sus pantalones antes de

dárselos para lavar, Amaya los había lavado con su DNI adentro, que se arruinó por completo; pero, a pesar de que Jacinto tuvo que ir a hacer los trámites para sacar el duplicado, no se molestó. Pero si se hubiera tratado de sus plantas... ¡ahí sí que hubiera pegado el grito en el cielo! Para Jacinto se acababa el mundo si hacía demasiado sol o si no había agua o si no dejaba de llover. «¡Ay, mis plantas, mis pobres plantas!», diría acongojado.

—Ojalá se preocupara así por mí —decía ella en voz bajita mientras refregaba la ropa. Pero no había tiempo para seguir re-negando, ya estaba oscureciendo y necesitaba apurarse, pues había mucho por lavar.

En su dormitorio, Jacinto desdobló lenta y cuidadosamente su paquetito de papel. Adentro yacían sus semillas. Aunque no era consciente, sonreía como un niño que contempla un enorme helado servido al estilo



banana split. «¿Dónde las pongo? ¿Dónde las pongo?», se preguntaba mientras recorría con la mirada todos los rincones de su cuarto. Había que guardarlas bien, no quería que se perdieran o traspapelaran y terminaran Dios sabe dónde. Volvió a envolver las semillas dentro del papel y puso el paquetito en su repisa, al lado de sus libros.

Es probable que te preguntes por qué Jacinto no plantaba aquellas semillas: la razón es que él sentía que aún no era tiempo, y, además, tampoco había encontrado el lugar ideal para hacerlo. Solo sabía que su corazón le diría dónde y cuándo.

Amaya ya quería que Jacinto las plantara. Los días pasaban y se convertían en semanas, y varias veces el dichoso paquetito de papel había estado a punto de perderse y, en una ocasión, ella había sido el blanco de las culpas. «Amaya, ¿dónde pusiste ahora mi

paquetito?». «Amaya, ¿por qué tuviste que ordenar la repisa donde pongo mi paquetito?». «Amaya, no veo mi paquetito, no me digas que lo botaste a la basura por error»... Por eso, Amaya ya estaba harta del dichoso paquetito. A pesar de lo pequeño que era, Jacinto estaba tan preocupado por él que ella lo imaginaba como un estorbo gigante y no veía las horas de verlo fuera de su casa.

13

En vista de que el paquetito corría peligro en la repisa, Jacinto decidió cambiarlo de lugar para no perderlo. Esta vez lo puso frente al espejo de la sala. Lo malo es que ahí Amaya lo veía con más frecuencia. Cada vez que ella quería mirarse, imaginaba que el paquetito le decía: «¿No te das cuentas, Amaya? ¡Soy más importante que tú!», e inmediatamente Amaya se acordaba de Jacinto.

—Ojalá estuviese tan pendiente de mí como del dichoso paquetito —decía.

Lo que Amaya no sabía era que Jacinto sí estaba pendiente de ella. Él notaba que su esposa últimamente estaba pensativa y que trabajaba muchísimo. No habían podido tener hijos y sabía que esa había sido su ilusión desde que se hicieron novios, varios años atrás. Tal vez por eso, para distraer su pena, ella dedicaba tantas horas a su trabajo. Ella lavaba su ropa, pero también lavaba la ropa de otras personas a cambio de un pago. Su especialidad era lavar a mano ropa delicada; la dejaba limpia, perfumada y lo hacía con mucho arte. A veces, sin que ella lo notara, él la observaba, refregando la ropa que parecía bailar entre sus manos y, con cada movimiento, la espuma perfumaba la casa con lavanda y limón. Amaya enjuagaba la ropa con una fuerza sorprendente y luego la estiraba para revisar cada prenda, como una estricta inspectora que

no deja pasar ni una mancha. Era un trabajo pesado, pero Amaya nunca se quejaba de los huesos que le dolían, de su espalda o por las grietas que el detergente hacía en la piel de sus manos. Además de trabajar, Amaya se encargaba de alegrar la casa con el orden y la limpieza que la caracterizaban. Jacinto la admiraba y la quería. Aunque Amaya no sonriera con frecuencia, cuando lo hacía, mostraba una hilera de dientes perfectos, blancos como jazmines, y en sus brazos el universo entero podía tomar una siesta.

15

Pero él era jardinero, no poeta... no era capaz o, mejor dicho, no se sentía capaz de decirle con palabras bonitas lo importante que era ella para él, que ella era su hogar y que la amaba. Por otro lado, Amaya no era psíquica ni tenía habilidades para leer la mente, así que por más amor que le tuviera su esposo, ella no lo tenía presente.

Un día, Amaya se detuvo frente al espejo para acomodarse el moño que se había hecho.

—Caray, Amaya, ¡qué ojeras! Y qué cara de cansancio. Debes hacer algo urgente para poder dormir mejor —se dijo.

16 Siguió inspeccionándose, mirándose la cara casi pegándola al espejo...

—¡Horror! ¡Una cana! Ya estoy vieja.

En ese momento se acordó de su vecina

Magali, quien, mientras conversaban, le había dicho que las pequeñas arrugas no le importarían tanto cuando le salieran otras nuevas. Le dio risa y se vio más bonita.

